
22101977964



# LAS PRIMERAS TIERRAS

# DESCUBIERTAS POR COLON

ATENEO DE MADRID

# LAS PRIMERAS TIERRAS

# DESCUBIERTAS POR COLÓN

CONFERENCIA

DE

D. PATRICIO MONTOJO

leída el día 30 de Noviembre de 1891



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA»
IMPRESORES DE LA REAL CASA
Paseo de San Vicente, 20

1892

# I.

SEÑORAS Y SEÑORES:

Defiriendo á una invitación que es para mí muy honrosa, he venido á este sitio sin calcular de momento las dificultades que habría de vencer para salir airoso de mi empeño.

Requiere el asunto que voy á tratar el auxilio de cartas ó mapas que faciliten la inteligencia del texto, y al prescindir de esa representación gráfica por el temor de fatigar vuestra atención, me he visto precisado á compensar esa falta en la manera que he encontrado más aceptable y procedente.

No esperéis de mí las galanas frases, los períodos armoniosos y los elevados conceptos á que os tienen acostumbrados los oradores elocuentes que me han precedido en esta cátedra.

Por eso me recomiendo á vuestra indulgencia, y reclamo de los que me escuchan la más benévola atención; prometiéndoos en cambio, ser lo más breve que me sea posible, á fin de que no se os agote la paciencia.

Pronto se cumplirán cuatrocientos años del descubrimiento del Nuevo Mundo, de esa vastísima porción del globo terráqueo que llamamos impropiamente América; acontecimiento el más trascendental quizá de la historia de la humanidad y que sirve de providencial punto de partida á la edad moderna.

Tiempo es ya de que se desvanezcan las dudas que se han venido suscitando acerca de los lugares visitados por primera

vez por el insigne Colón, por los esforzados hermanos Martín Alonso, Francisco Martín y Vicente Yáñez Pinzón, y por sus compañeros, hombres valerosos todos, y muchos de ellos marinos de los más aventajados de su época.

Más de una vez se ha intentado despojar á España de la gloria de este asombroso descubrimiento, alegando algunos, como Bossi, que pertenece enteramente á Italia, porque en ella nació Colón. Consecuencia peregrina que prueba no sólo la enemistad marcada de Bossi hacia los españoles, sino además su falta de imparcialidad y de sana lógica, como se ve leyendo su *Vida de Colón.*

No es mi objeto reseñar las vicisitudes de la agitada existencia del que fué primer Almirante de las Indias, D. Cristóbal Colón. De esa importante tarea se han ocupado con más ó menos fortuna, entre los españoles, su hijo D. Fernando, Pedro Mártir de Angleria, el bachiller Andrés Bernáldez, Fr. Bartolomé de Las Casas, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, Francisco López de Gómara, D. Juan Bautista Muñoz, D. Martín Fernández de Navarrete y otros historiadores distinguidos. Y entre los extranjeros, Prescott, Campe, Bossi, Humboldt, Irving, Roselly de Lorgues, Helps, y tantos otros sabios y eruditos críticos admiradores del genio del gran descubridor.

Me propongo solamente exponer el resultado de mis investigaciones para fijar de una manera cierta cuál fué la isla de las Lucayas, donde desembarcó por primera vez Colón, y cuál el puerto de la costa norte de Cuba, en el que recaló con sus carabelas.

Esto, no obstante, séame permitido recordar, antes de entrar en materia, los datos que han llegado hasta nosotros referentes á los antepasados de Colón y los principales hechos de su vida.

La familia Colombo se extendió no sólo por muchas poblaciones de la Liguria en la alta Italia, como Génova, Savona, Cogoleto, Cuccaro, Piacenza y Milán, sino también por las costas de Francia que bañan las aguas del golfo de León.

Si por ventura descendía Colón de noble estirpe, reveses de fortuna ó los vaivenes de la frágil naturaleza humana, hicieron quizá bajar á sus abuelos de una posición elevada, obligándoles

á mantenerse en otra más humilde; que si entonces se miraba hasta cierto punto con menosprecio, no imprimía, sin embargo, verdadera mancilla sobre aquellos que ganaban su sustento con el sudor de su frente y el industrioso trabajo de sus manos.

Dice á este propósito D. Fernando Colón: «La gloria de mi padre era tan grande, que no necesitaba lo ilustrasen sus antepasados.»

No ha satisfecho á muchos cronistas que Colón haya ennoblecido por sí mismo su linaje con sus altos hechos, y quieren suponerlo oriundo de los Condes y señores del castillo de Cuccaro; pero ningún documento ni razón plausible pueden hacer valer en apoyo de su creencia, y sólo se sabe con certeza que ya por los años de 1191 era ciudadano de Génova un Colombo, ascendiente, según toda probabilidad, de nuestro Almirante.

En cuanto á los Almirantes tío y sobrino, de apellido Colombo, que se distinguían por los dictados de *el viejo* y *el mozo*, y que sirvieron bajo las banderas de Francia como atrevidos corsarios principalmente, es de creer fueran parientes del descubridor, y que á ellos aludía en la carta que escribió á una dama de la aristocracia española, cuando afirmaba que no era él, Colón, el único Almirante que había habido en su familia.

Fué su abuelo Giovanni Colombo, avecindado en Quinto, y su padre Domenico Colombo, tejedor de paños, el cual nació en Génova en 1406, pasó algún tiempo en Savona, se casó con Susana Fontanarossa, hija de un labrador, y por fin se fijó en la ciudad de su nacimiento, hasta su muerte, que ocurrió en 1498; trece años después que la madre del Almirante.

Tuvo este matrimonio cuatro hijos: Cristóforo, que se llamó después D. Cristóbal Colón; Giovanni Pelegrino, que murió joven; Bartolomé, que llegó á ser Adelantado de la Española en 1494, y murió en Santo Domingo en 1514; Giáccomo ó Diego, muy querido del Almirante, y Bianchinetta ó Blanca, mujer de Giáccomo Bavarello, de oficio tocinero.

Por muchos años ha sido motivo de discusiones acaloradas el lugar donde vino al mundo Colón, y aunque en favor de Cogoleto se inclinaba la opinión popular, no faltaban tampoco argumentos para probar que era natural de Finale, de Oneglia ó de Savona, pueblos situados al poniente de Génova, ó bien de

Quinto, de Nervi ó de Boggiasco, de la parte de levante.

Poco á poco, sin embargo, los partidarios de una ú otra localidad han ido cediendo en sus pretensiones y confesando que ninguna como Génova podía vanagloriarse de haber sido patria del Almirante.

Entre otros testimonios que existen en pro de Génova, es quizá el de más valor el que contiene la institución del mayorazgo, hecha en Sevilla en 22 de Febrero de 1498, en el cual dice el Almirante.....: «que siendo yo nacido en Génova, etc.», y más abajo.....: «la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje....., pues que de ella salí y en ella nací.....»

Don Fernando Colón declara también en su testamento que su padre era *jinovés*.

No puede caber, por tanto, la menor duda ni vacilación sobre este punto.

Colón nació, pues, en Génova, hacia el año de 1436; entró de tierna edad en la Universidad de Pavía, donde adquirió los principios de las ciencias matemáticas y naturales, cuyo conocimiento le fué de gran provecho durante su vida; y dejando los estudios académicos antes de haber cumplido los quince años, abrazó decididamente la arriesgada profesión del marino.

En Génova, era natural que se le despertase la afición á los viajes por mar, y á considerar este elemento como el gran campo para las empresas lucrativas y para los más gloriosos descubrimientos.

Por entonces eran objeto de las conversaciones de los navegantes y mercaderes, la maravillosa relación de los viajes por Africa y Asia del veneciano Marco Polo, y no faltaba quien pensase en ir á las Indias, ó sea al oriente del Asia, por poniente, á fin de no correr los riegos que ofrecía la tierra firme y las dificultades con que se tropezaba para conducir las mercancías. Quizá también, si no conoció Colón al físico florentino Pablo Toscanelli, cuando estudiaba en Pavía, es indudable que no debía ignorar la hipótesis de aquel sabio basada en la redondez de la tierra, respecto á la distancia á que suponía se encontraban los reinos del Catay y de Cipango, ó sean de la China y del Japón, partiendo de Europa hacia el poniente.

Por acaso, reflexionando sobre esta novísima teoría, pudo entonces brotar en la mente del insigne genovés la atrevida idea que más tarde había de madurar y poner en práctica con el éxito feliz que el mundo admira.

Tuvo Colón por maestro y protector en su aprendizaje marinero á su presunto pariente el almirante Colombo de Cogoleto; así lo asegura D. Fernando y se deduce de las cartas y noticias referentes á estos sucesos.

Formaba parte de la escuadra que á las órdenes de Colombo el Mozo armó Renato de Anjou en 1459 para apoderarse del reino de Nápoles, y como capitán de galera hizo Colón varias expediciones por todo el Mediterráneo, ejercitándose, no sólo en la navegación, sino también en el arte de la guerra.

Por aquel tiempo excitaban poderosamente la imaginación de los hombres esforzados, y particularmente de los navegantes, los descubrimientos de los portugueses á lo largo de la costa occidental de África.

Algunos genoveses, entre otros, se presentaban á ofrecer sus servicios en la corte, bajo el patrocinio del infante D. Enrique, y animado Colón de un noble estímulo, se decidió á fijar su residencia en Lisboa hacia el año de 1470.

Allí conoció y trató á Bartolomé Perestrello, uno de los más célebres capitanes de nao, quien, por encargo del Duque de Viseo, había llevado á cabo el descubrimiento de las costas de Guinea.

En 1474 contrajo matrimonio en Lisboa con D.ª Felipa Moniz de Mello, hija del antes citado; siendo de advertir que por una práctica bastante frecuente en las mujeres portuguesas, usaba el apellido Moniz, de su madre, en vez de Perestrello, y en segundo lugar el de Mello, que era el de una de sus abuelas.

Ocupábase entretanto Colón en delinear cartas náuticas y en otros trabajos científicos, aprovechando la habilidad y la inteligencia superior de que se hallaba dotado. Muerto Perestrello, heredó de él sus papeles y mapas, que eran interesantes y curiosos; con cuyo examen vino en conocimiento de las exploraciones hechas por su suegro y de lo que se decía acerca de tierras vistas por varios marineros en distintos parajes al oeste de las Azores.

Estas noticias vagas é incompletas le estimularon á visitar la costa de África y las islas de Madera y Porto Santo, afanándose más y más, sin descanso, en adquirir nuevos datos; pero tendiendo siempre á buscar un camino para las Indias por el oeste, como indicaba Toscanelli, más corto que el perseguido por los portugueses contorneando el continente africano.

Entretanto no descuidaba el estudio de la cosmografía y el uso del astrolabio para observar las alturas del sol, instrumento astronómico de reciente invención y que era aún poco conocido.

Por los años de 1477 navegó por los mares del norte de Europa, visitó las costas de la Gran Bretaña y llegó hasta la Islandia, según se deduce de una nota escrita de mano del Almirante mismo, de la cual insertó una copia su hijo D. Fernando en el capítulo IV de su historia. En ella designa Colón á Islandia como la última Tulé de Tolomeo, y dice que fué á ella en el mes de Febrero y que no encontró el mar helado. No obstante, hallándose esta isla desolada más allá del círculo polar ártico, rodeada casi todo el año de bancas de hielo, no debió parecer propia aquella latitud á Colón para desde ella dirigirse á poniente, tanto más cuanto el Catay y las regiones descritas por Marco Polo se hallaban en latitudes mucho más bajas y templadas, como las de la Europa meridional.

Siempre fijo en el heroico propósito que lo dominaba de dar con las Indias para convertir sus habitantes á la religión verdadera, y reunir un tesoro para conquistar los Santos Lugares de Jerusalén, regresó á Lisboa considerando que era llegado el momento de probar fortuna, lanzándose al mar tenebroso de los antiguos.

Tamaña empresa no podía afrontarse sin recursos abundantes de bajeles, bastimentos, hombres y dinero. Colón se dirigió en 1480 á Génova, su patria, en busca de lo que necesitaba, y ofreció á aquella república comercial las primicias de sus incesantes y laboriosas cavilaciones. Pero sus compatriotas desecharon sus ofertas, fundándose principalmente en el desgraciado éxito que había tenido una expedición á través del Océano, en la cual perdieron la vida dos infelices genoveses, y llegaron hasta tomar sus planes como delirios de su imaginación exaltada.

Se tiene por cierto, y es además muy verosímil, que después

hizo igual proposición á Venecia, donde fué también rechazada por considerarla impracticable.

En vista del mal éxito de sus pretensiones en Italia, tornóse Colón á Portugal, donde reinaba á la sazón D. Juan II.

Este Príncipe acogió con afabilidad al navegante genovés, y aun le prometió auxiliarle en su empresa; pero no habiendo llegado á un acuerdo uno y otro, sometió el Rey el asunto á una junta de teólogos y geógrafos, ante la cual presentó Colón sus planes, con las explicaciones que conceptuó necesarias.

La experiencia nos enseña que en general los consejos, las juntas y las corporaciones sabias reciben con desconfianza á los inventores y proyectistas.

No es extraño, pues, que aquellos personajes, respetables por su edad y posición social, tuviesen por inaceptable una proposición que echaba por tierra las leyes admitidas respecto á la navegación y á la geografía, y que hasta parecía opuesta á los designios de la Providencia y á las Santas Escrituras.

Esto no obstante, parece ser que el Padre Calzadilla, Obispo de Ceuta, que en la junta capitaneaba el bando contrario al proyecto, sugirió al Rey que secretamente se equipase un bajel para que probase á llevar á cabo la idea de Colón, navegando hacia poniente. El bajel salió en efecto con todo sigilo, pero regresó á Lisboa sin haber adelantado nada, porque los tripulantes no se determinaron á seguir en dirección al oeste cuanto era preciso. Resultado que correspondía en justicia á la mala fe y deslealtad con que se había procedido.

Descontento Colón del comportamiento de la corte de Portugal; muerta ya su mujer, y no ligándole á aquel país ningún lazo de familia, abandonó á Lisboa, y mientras despachaba á su hermano Bartolomé con un memorial para el rey Enrique VII de Inglaterra, pidiéndole protección para sus atrevidos proyectos y llevando además un mapamundi dibujado por aquél, se trasladó al pequeño puerto de Palos, cerca de Huelva, acompañado de su único hijo Diego, que podría tener ocho años de edad.

En los comienzos de 1485 se hallaba Colón en Castilla, y, provisto de una carta de recomendación que le dió su amigo el Padre Marchena para el Prior del Prado, Fr. Fernando de Ta-

lavera, confesor de la reina Isabel, se puso en camino para Córdoba, donde se aposentaba por entonces la corte; siendo bien recibido por aquel magnate.

Los Duques de Medinasidonia y de Medinaceli, con quienes trabó conocimiento el infatigable genovés, lo animaron á proseguir sus propósitos y hasta le prometieron, especialmente el segundo, equipar á sus expensas una carabela.

Pero de nada le hubiera servido á Colón la simpatía mezclada de asombro que inspiraban sus sublimes teorías á los hombres de espíritu noble y levantado y de generosos instintos, como el médico García Hernández de Palos, que era muy dado al estudio de las ciencias geográficas y astronómicas; como el virtuoso Fr. Juan Pérez, que fué su constante y desinteresado amigo; como los entusiastas próceres Medinasidonia y Medinaceli, y los sagaces palaciegos Santángel y Alonso de Quintanilla, sin la decidida protección que desde un principio mereció de la magnánima Reina de Castilla, Isabel la Católica.

La perspicacia es natural en la mujer, y cuando á ella se une un corazón bondadoso y sensible, los proyectos que á los hombres fríos y poco dispuestos al entusiasmo parecen descabellados productos de una razón enferma, adquieren forma y posibilidad, sobre todo si están iluminados por los resplandores de una fe viva y sincera.

El noble continente y distinguido porte del genovés, desamparado y sin hogar en extranjero suelo; su fascinadora palabra; su mirada franca, que era la expresión de su clara inteligencia, no podían menos de causar un efecto favorable y duradero, y al desarrollar su gran pensamiento, basado en las más puras fuentes de la religión cristiana, por fuerza tenía que conmover las más recónditas fibras de un corazón fácil de entusiasmarse al impulso de móviles santos y elevados.

Isabel de Castilla, con su inalterable fe religiosa y su magnánimo corazón, creyó en las sublimes y portentosas promesas de Colón, y le protegió hasta su muerte.

Fernando de Aragón, profundo político y prudente calculador, sin deslumbrarse por las brillantes ofertas del aventurero genovés, dudó del éxito de ellas hasta que la evidencia demostró su posibilidad.

Voy á transcribir aquí, por ser pertinente, un trozo de la carta del Almirante viejo al aya (que había sido) del príncipe D. Juan, escrita hacia el año 1500.

«En todos hubo incredulidad, y a la Reina mi señora dio dello (Dios) el espíritu de inteligencia y esfuerzo grande, y la hizo de todo heredera, como a cara y muy amada hija. La posesion de todo esto fui yo a tomar en su real nombre. La ignorancia en que habian estado todos quisieron enmendalla, traspasando el poco saber a fablar de inconvenientes y gastos. Su Alteza lo aprobaba, al contrario, y lo sostuvo fasta que pudo.....»

Según el retrato que del Almirante nos ha dejado su hijo don Fernando, era de elevada estatura y hermosa presencia, de rostro oval, de color blanco y sonrosado. Muy robusto de constitución, tanto, que si los sufrimientos, los trabajos y las contrariedades no la hubiesen destruído, habría podido alcanzar una edad muy avanzada.

En su mocedad tenía el cabello rubio, pero á los treinta años ya estaba casi blanco.

Durante su estancia en Córdoba, cautivó el corazón de una doncella noble, llamada D.ª Beatriz Enríquez, de la cual nació D. Fernando, preclaro y erudito historiador de la vida del Almirante, cuya muerte fué una pérdida irreparable por muchos conceptos.

No era oportuno el momento para que la corte de España se comprometiera en una empresa que los más benévolos tenían por dudosa y temeraria.

La larga y pertinaz guerra que sostenían los Reyes Católicos contra los moros de Granada, tenía exhausto el Erario.

El héroe genovés, en tanto, fatigado de las dilaciones palaciegas y de seguir detrás de la corte, á veces falto de recursos, y deudor casi siempre á la generosidad de sus protectores y amigos, iba perdiendo la paciencia.

Por fin, corriendo el año de 1487, después de muchas y reiteradas solicitudes, obtuvo que se examinasen sus proyectos por una Comisión ó Junta de teólogos y cosmógrafos; pero aun cuando estaban de su parte los más ilustrados de ella, éstos constituían el menor número, y el resultado no correspondió por entonces á los deseos y á las esperanzas de Colón.

Comentando Bossi este hecho, fundado en falsas premisas, en su *Vita di Cristoforo Colombo*, se expresa así: «*El proyecto fué entregado al examen de hombres inexpertos*, *que*, *ignorando los principios de la cosmografía y de la náutica*, *juzgaron impracticable la empresa*.»

*¡Los mejores cosmógrafos del Reino! ¡Y qué cosmógrafos!*

*Una de sus principales objeciones era*, *que si una nave se engolfaba demasiado hacia el Poniente*, *como pretendía Colón*, *sería arrastrada por efecto de la redondez del globo*, *no pudiendo*, *por lo tanto*, *regresar á España*.

El caballero Bossi se olvidaba que en Italia, su patria, mucho más de un siglo después del descubrimiento de las Indias occidentales, un Consejo de sabios eminentes y de teólogos insignes obligó á Galileo, á los setenta años de su edad, á abjurar sus errores de rodillas, y á confesar que no era la tierra la que se movía, sino el sol, no pudiendo, sin embargo, evitar que aquel grande hombre, dominado por la fuerza de la verdad, dejase escapar la inmortal frase de *e pur si muove*.

¿Por qué, pues, se escandalizaba Bossi, y con él tantos otros escritores empeñados en deprimir á España, de que en el siglo XV, hombres tenidos por doctos dudasen de la posibilidad de que siendo la tierra redonda pudiese navegar un buque siempre en una misma dirección sin caer en la inmensidad del espacio?

No estaban en aquella época más adelantadas las otras naciones de Europa, ni era permitido á nadie, bajo penas severísimas, aceptar cualquiera novedad en las ciencias físicas y naturales que pudiese aparecer como una falsa interpretación de las Sagradas Escrituras.

¡Cuántos inventores y cuántos hombres ilustres en las ciencias y en las artes han sido perseguidos y atormentados, hasta perder la vida por el hierro ó por el fuego, á manos de jueces fanáticos é ignorantes y de crueles verdugos que los miraban como réprobos y agentes del demonio!

La hipótesis sustentada por Colón se oponía á las creencias admitidas hasta entonces entre la generalidad de los hombres reputados por sabios, y no obstante, aun de entre teólogos tan eminentes como el gran cardenal Mendoza, y Fr. Diego de Deza,

Arzobispo de Sevilla, halló benévola acogida, y á pesar del fallo desfavorable de la Junta, aconsejaron al atribulado genovés que no perdiese la esperanza, pues que los Reyes Católicos, como era cierto, se comprometían por su intercesión á oirle de nuevo y á prestarle su poderosa ayuda, una vez libres de la guerra de Granada.

Pero Colón no quiso aguardar más; su espíritu se hallaba abatido por siete años pasados en súplicas y gestiones de todo género, sufriendo desaires y humillaciones, teniendo que mendigar la protección de orgullosos próceres y de los altivos castellanos que trataban con desdén á un extranjero á quien los más tenían por iluso y por loco.

Determinó, pues, ausentarse para siempre de Castilla; pero no para dar de mano á su grande obra, antes bien quiso tentar un esfuerzo supremo cerca de la corte de Francia, de cuyo Rey, Carlos VIII, había recibido una invitación formal para tratar de sus proyectos.

Se trasladó, pues, á Huelva, en 1491, donde su grande admirador y constante amigo Fr. Juan Pérez, apoyado por el médico García Hernández, le instó á que suspendiera su viaje hasta ver el resultado de la tentativa que aquel buen religioso, antiguo confesor de la reina Isabel, se disponía á probar, para decidir de una vez el ánimo de la excelsa Princesa, cuyos sentimientos de admiración por su sabio amigo eran conocidos.

Accedió á ello Colón, y sin pérdida de tiempo se puso en camino el digno franciscano para Santa Fe, donde se hallaba la corte, y obtenida inmediatamente una audiencia de la Reina, logró por fin el tan deseado beneplácito, contribuyendo al buen éxito varios personajes entusiastas amigos de Colón, y especialmente Alonso de Quintanilla, Luis de Santángel y la Marquesa de Moya, dama ilustre, amiga inseparable y confidente de la Reina Católica.

Colón se dirigió á la corte á tiempo de presenciar la rendición de Granada; obtuvo subsidios y las órdenes necesarias para habilitar las carabelas que había de llevar en su viaje, y después de desarrollar de nuevo sus planes ante los Reyes, mejor dispuestos á oirle, sobre todo Fernando, después del importantísimo triunfo conseguido con la terminación de la guerra de

Granada, recibió de ambos Monarcas inequívocas muestras de aprecio.

Sin embargo, las pretensiones de Colón parecieron exorbitantes, sobre todo la de ser nombrado Virrey y Capitán general de las tierras que descubriese, con la décima parte de las rentas que produjeren.

El Rey Fernando no se avino de ningún modo á suscribir á tal exigencia, y estas cláusulas, á las cuales daba Colón gran importancia, como la tenían realmente, estuvieron á punto de ocasionar la ruptura de las capitulaciones, y entretanto, profundamente disgustado el ilustre genovés, y decidido á no ceder ni un ápice de los derechos y preeminencias que creía le eran debidos, y que no podían sufrir los nobles castellanos se concediesen á un advenedizo y obscuro navegante extranjero, se marchó apresuradamente de Granada con intención de recoger á su hijo en Andalucía y ponerse en viaje para Francia ó Inglaterra.

Pero la Providencia divina no permitió que la gloria del descubrimiento fuera de otra nación que España, y en sus altos designios dispuso que el conflicto se arreglase satisfactoriamente.

Luis de Santángel, Contador mayor de Aragón, defendió á Colón calurosamente, y dijo que si sus pretensiones eran grandes, grandes eran también los beneficios que se iban á reportar por su medio.

Isabel, lejos de ofenderse por estas razones, las aceptó en todo su verdadero valor, y sin consultar más que á su corazón nobilísimo, tomó sobre sí la empresa, por la corona de Castilla, obligándose á empeñar sus alhajas si el real Erario no contaba con fondos suficientes para sufragar los gastos de la expedición.

Colón que aun se hallaba á pocas leguas de Granada, volvió á la corte para asentar definitivamente las capitulaciones ante los Reyes.

Formalizado por fin este acto importante, marchó á Huelva para preparar las tres carabelas que habían de salir de Palos.

---

Ya no era aquel pobre pretendiente genovés despreciado por muchos y comprendido por muy pocos, sino el prócer de Castilla D. Cristóbal Colón, Almirante de las Indias y del Océano, presunto Virrey y Capitán general de las tierras que iba á descubrir. El obscuro apellido del Colombo italiano fué reemplazado desde entonces para síempre por el glorioso del Colón castellano.

Procedió el Almirante á activar el armamento y á reclutar la gente de mar, con ayuda de sus amigos de Huelva y Palos, y principalmente del P. Fr. Juan Pérez y de Martín Alonso Pinzón, cuya influencia como naviero y capitán de fama y experiencia era mucha entre los marineros de aquellas playas.

No consta de una manera fehaciente que Martín Alonso hubiese prestado además auxilio monetario á D. Cristóbal, y en los escritos que se conservan de éste no se encuentra nada que dé alguna luz sobre ese extremo.

Por el contrario, en el testamento y codicilo del Almirante se lee lo siguiente:

«El Rey y la Reina nuestros señores, cuando yo les serví con las Indias; digo serví, que parece que yo, por la voluntad de Dios N. S., se las di como cosa que era mía, puédolo decir porque importuné á S. S. A. A. por ellas, las cuales eran ignotas é abscondido el camino á cuantos se fabló dellas, é para las ir á descubrir allende de poner el aviso y mi persona S. S. A. A. no gastaron ni quisieron gastar para elllo, salvo un cuento de maravedís, *é á mí fué necesario de gastar el resto.*»

A continuación del testamento y codicilo siguen la memoria ó apuntación, de mano del Almirante, pero no menciona en ella á Pinzón ni hay rastro de que éste ó su familia hayan reclamado después dinero alguno facilitado para el armamento de las carabelas.

Por lo demás, es muy probable que haya tenido que recurrir á la familia de Enríquez de Córdoba, á los Pinzones y á otras personas acaudaladas de Palos y de Huelva; pero, dado que existiesen semejantes compromisos, sin duda fueron satisfechos religiosa y puntualmente por Colón, sin mediar contrato escrito, por no ser necesario, y porque no dejaría pasar mucho tiempo sin saldar sus cuentas pendientes.

Era un viernes, el 3 de Agosto de 1492, cuando después de haber confesado y comulgado devotamente todos los que se embarcaron en la nao *Santa María* y en las carabelas *Pinta* y *Niña*, dejaron el puerto de Palos.

El Almirante D. Cristóbal Colón, al frente de un centenar de hombres, que en él tenían fijas sus miradas, los unos con envidia, los más dudosos del éxito, y los menos obedientes y respetuosos, debía hallarse en una situación de tal modo excepcional, que no encuentro expresiones para dar siquiera una ligerísima idea de ella.

Todo aquel que haya leído con detenimiento el Diario del Almirante, redactado con la proverbial sencillez de esa clase de documentos, ha debido forzosamente llenarse de admiración, al considerar la osadía, la constancia y la fe inquebrantables, con que aquel grande hombre y los héroes que con él participaron de la gloria del primer viaje transatlántico hacia el Oeste, dieron cima á su arriesgada empresa.

¿Quién al llegar á los acaecimientos del día 11 de Octubre de 1492 no siente latir su corazón á impulso del más noble entusiasmo, figurándose el momento en que el Almirante ve aquella luz que va de un lado á otro?

¿Y cuando la *Pinta*, adelantándose por ser más velera, dispara el cañonazo indicador de tierra.....?

La imaginación se transporta á aquellos ya remotos tiempos, y con un poco de esfuerzo se representa el teatro de aquella escena tierna y conmovedora, única en su género.

Al navegante más que á otro alguno, al conocedor de los países descubiertos por Colón, es al que con justo derecho pertenece la facultad de apreciar con exactitud los hechos tales como pasaron, y de darse cuenta en cierto modo de lo que pensarían los admirados marinos al contemplar el Nuevo Mundo que, poco á poco, y como por ensalmo, se iba desarrollando ante sus ojos.

¡Loor eterno al inmortal Colón, que fué el primero que utilizó con éxito la brújula ó aguja náutica, para guiarse en la navegación de altura, hasta descubrir tierra por *poniente!*

¡Loor eterno también á los hermanos Pinzón, que le ayudadaron en su colosal empeño, contribuyendo con sus personas, sus deudos y sus bienes!

Mas no olvidemos á la reina Isabel de Castilla, esa gran figura de la Historia, esa santa mujer, orgullo de su sexo y gloria de nuestra patria, que fué el ángel tutelar de Colón.

La idea del descubrimiento de las Indias occidentales fué, sin duda alguna, del insigne genovés, y por ella trabajó sin descanso uno y otro día.

Pero el hecho mismo del descubrimiento, en cuanto á su posibilidad, se debe á la excelsa Princesa, que, á ser preciso, hubiera sacrificado sus joyas todas para costear los gastos de la expedición.

Sin el genio de Colón no se hubiera pensado en tal empresa, en aquella época por lo menos.

Sin el corazón de Isabel no se hubiese llegado á poner en práctica en mucho tiempo.

El extracto del Diario de navegación del primer viaje de Colón, escrito muchos años después por Fr. Bartolomé de Las Casas, con presencia de los datos más fidedignos y principalmente de una copia de la *Historia de Colón* que el hijo de éste, D. Fernando, publicó á principios del siglo XVI, es la fuente á que han tenido que acudir sin remedio todos los que se han ocupado del descubrimiento de las Indias occidentales, tanto los españoles como los extranjeros.

Es verdad que por no haber sido Las Casas testigo de vista y por no conocer muchos de los lugares descritos por el Almirante, ni entender de cosas de mar, ha debido incurrir seguramente en no pocas equivocaciones; pero así y todo no es posible negar que ese venerable documento, tal como ha llegado hasta nosotros, es la guía mejor que existe para seguir paso á paso los incidentes del primer viaje transatlántico hacia el Oeste, y averiguar cuáles fueron los sitios que visitaron en su expedición aquellos intrépidos navegantes.

Otra dificultad, que es común á todos los códices y papeles antiguos, es descifrar las palabras, bárbaras unas, abreviadas otras caprichosamente y escritas las más con mala ortografía, y no siempre del mismo modo.

No es de extrañar, pues, que á pesar del exquisito esmero con que D. Martín Fernández de Navarrete, y antes D. Juan Bautista Muñoz, trataron de interpretar, como debe enten-

derse, el extracto del Diario de navegación citado, no hayan conseguido asentar con certeza completa la situación de los dos hechos culminantes de ese viaje, á saber, cuál fué la primera tierra descubierta por Colón, y cuál el punto á donde llegó en la isla de Cuba.

Un dato se conserva de la mayor importancia, respecto á la primera tierra visitada por Colón, y es el nombre que le daban los indios.

En el Diario del Almirante, en sus cartas y en las distintas relaciones de aquel notable acontecimiento, consta de una manera indudable que se llamaba *Guanahaní*, la isla á que puso Colón *San Salvador*. Por desgracia los graves cuidados de la instalación en la isla Española, el interés creciente que inspiraban las nuevas y extensas regiones descubiertas, hicieron olvidar aquella pequeña isla, alejada por otra parte del centro principal del movimiento, y sólo quedaron de ella vagos recuerdos, noticias incompletas y el nombre que tenía entre los indígenas lucayos.

Entretanto, pasada la fiebre de los primeros momentos, y mucho después han ido ocupándose los escritores nacionales y extranjeros en la noble empresa de completar las noticias que se tenían de la derrota de Colón, á fin de seguirla hasta el término de su primer viaje, sin omitir ninguna circunstancia de interés.

Desde entonces, historiadores y geógrafos, hombres de ciencia, eruditos académicos, infatigables bibliófilos y marinos ilustres, han dedicado largas vigilias al estudio de los anales coetáneos, á registrar papeles viejos y escudriñar libros referentes á la historia de los primeros establecimientos en el Nuevo Mundo, y hasta en hacer excursiones marítimas, á fin de conseguir que cesara de una vez la incertidumbre, respecto á los puntos cuestionables.

Entre los extranjeros, corresponde la primacía al sabio historiador anglo-americano, Washington Irving, quien, después de haber permanecido varios años en España consagrado al estudio de nuestras costumbres, procuró aumentar el caudal de sus conocimientos históricos con las noticias que halló en nuestros archivos y bibliotecas, publicó en 1828 la *Historia de la vida*

*y de los viajes de Cristóbal Colón*, quizá la mejor que se conoce, y no contento con eso, dirigió una exploración á las islas Lucayas y á la isla de Cuba, para dar á su obra todas las garantías posibles de exactitud.

Según la hipótesis admitida por Irving, la isla Cat (ó del Gato) es la misma que Colón denominó *San Salvador*, y por eso en muchas cartas y mapas se la designó por ese nombre, y generalmente por el de isla grande de *San Salvador.*

Siguen la opinión de W. Irving los alemanes Campe y Humboldt, el laborioso geógrafo cubano D. José María de la Torre, el economista La Sagra y otros.

Merece lugar preferente, entre los españoles, el infatigable D. Juan Bautista Muñoz, quien con grande laboriosidad, exacto juicio y sin igual constancia, se dedicó á reunir multitud de piezas manuscritas, que por desgracia no tuvo tiempo para coleccionar por completo, y dió á la estampa en 1793 el primer tomo de su *Historia del Nuevo Mundo*, en la cual hace una exposición sencilla, clara y ajustada fielmente á la verdad de los hechos principales del descubrimiento.

El erudito historiador anglo americano Henry Harrise se expresa en estos términos, al hacer la biografía de Muñoz:

«El resultado de sus investigaciones fué una colección considerable de copias de los siglos XV, XVI y XVII, preciosamente escogidas. Se encuentran también copiosos índices de los manuscritos que se conservaban en las principales colecciones de la Península; con auxilio de estas piezas escribió Muñoz el primer volumen de su *Historia del Nuevo Mundo.* Esta historia no es un tejido de frases huecas y de afirmaciones atrevidas. Por el contrario, se nota un concienzudo estudio de los orígenes con estilo sóbrio, imparcialidad y sangre fría, y para la época y el país, crítica.»

Don Francisco de Varnhagen dice también:

«Juan Bautista Muñoz, el grande historiador de Indias, infelizmente malogrado antes de haber legado á la posteridad todo el fruto de sus vigilias, después de haber reunido en muchos archivos y con mucha diligencia el grande aparato de documentos, de los cuales la publicación de una pequeña parte vino á establecer la reputación de Navarrete, Juan Bautista Muñoz,

decíamos, reconociendo que á la San Salvador de las cartas faltaban condiciones para poder ser aceptada por la isla á que Colón dió este nombre, según las indicaciones de su derrotero, se decidió á considerar como tal á la isleta que en las antiguas cartas españolas se nombra *Guanimá* y hoy se dice Watling.»

Y añade más abajo: «Navarrete pretendió sustituir la Watling nada menos que con una de las Turcas.»

En efecto; sin razón plausible y con ligereza imperdonable en un hombre tan eminente como era el sabio marino y académico D. Martín Fernández de Navarrete, quiso que Colón hubiese ido á dar con la isla más al Norte del grupo de las *Turcas*, idea que no puede aceptarse en manera alguna ante un examen imparcial.

Pero es aún más extraño que De Varnhagen, que critica á Navarrete por su equivocada creencia, caiga en un error semejante, tomando por la *Guanahaní* la *Mayaguana* ó *Mariguana*, como hoy se llama.

La opinión de Muñoz prevalece en el día, y con gusto debo consignar aquí, como prueba de este aserto, que en el derrotero de las Antilllas, publicado en Madrid en 1890, se lee lo siguiente (pág. 805): «La isla Watling ó San Salvador, que reune las mayores probabilidades de ser la primera tierra que pisó Colón en el Nuevo Mundo.....»

Conviene también advertir que en las cartas españolas se da el nombre de isla grande de San Salvador á la del Gato ó Cat de los Ingleses, y el de San Salvador tambien á la de Watling.

Por ser pertinente á mi propósito, voy á copiar aquí lo que se lee en la página 533 y siguientes del primer tomo de la grandiosa obra titulada *Cristóbal Colón*, que acaba de dar á luz el ilustrado cuanto modesto Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, D. José María Asensio:

«Hase discutido y continúa discutiéndose con grande empeño en todas partes, pero muy especialmente por la Sociedad Hidrográfica que en Washington dirige Mr. Patterson, cuáles fueron los primeros puntos de las Antillas que visitó Colón, y sobre todo, cuál de aquellas islas es la famosa *Guanahaní*, que él bautizó con el nombre de *San Salvador*. Ni Hernando Colón, ni Las Casas, ni Herrera, la determinaron con precisión y

exactitud. Don Juan Bautista Muñoz, que reparó esa falta, dióse á creer y asegurar que la verdadera *Guanahaní* era la isla Watling, de cuatro leguas de extensión, y que está situada á quince al E. de la isla del Gato (Cat island de los ingleses), que es la llamada San Salvador y la tenida generalmente por *Guanahaní.* Vino después el Sr. Navarrete, y apoyado en el poderoso testimonio del teniente de fragata D. Miguel Moreno, el cual acompañó al almirante Churruca en su expedición científica en las Antillas á fines del siglo anterior, sostiene que la verdadera *Guanahaní* es la isla del *Gran Turco*, pequeño islote de una legua de extensión al E. del banco llamado *Los Caicos* en el paralelo 21° 5.

»Pero viene Washington Irving, y guiado por la pericia de un marino anglo-americano, combate victoriosamente la aserción de Navarrete y restituye su derecho de primogenitura á *San Salvador la Grande.* Abre esto nuevas discusiones é investigaciones; y de una parte Varnhagen, de otra el comodoro Owen, y por último, el capitán Becher, contienden, pretendiendo el primero que la verdadera *Guanahaní* es la isla *Mariguana*, y que de allí siguió Colón el rumbo á las islas Crooked y Acklin, de ellas á la isla Larga, tocando después en la *Exuma* para volver sobre Long island y Crooked y dirigirse de aquí al puerto de Gibara, costa Noroeste de Cuba. Bien se ve entonces cuáles de estas islas serían las denominadas por Colón *La Concepción*, *Fernandina* é *Isabela.*

»El capitán Becher hace llegar primero á Colón á Watling, por haber el día 7 de Octubre torcido el rumbo al Sudoeste, andando al Nordeste de la isla. De allí, circunnavegando por el Noroeste de la isla, se dirigió á Cayo Rum, que es la isleta á que por lo pequeña no da nombre, y le hace tocar en el Cabo Santa María de la isla Larga (Long island), marchar después á la isla *Exuma* para volver á Long island (isla Larga), y de allí á la Boca de las Carabelas, en la isla de Cuba.

»Mr. G. V. Fox (1881), que es la isla de *Samaná*, al Nordeste de los Cayos, denominados Las Planas, y al Noroeste de *Mariguana* el primer punto de desembarco de Colón, el cual se dirigió al Sursudoeste, tocando en la parte septentrional de las islas Acklin y Crooked; de allí al Oeste, para sólo tocar en Cabo

Verde de la isla Larga (Long island), retroceder luego al centro occidental de la Crooked, para de allí tomar el rumbo Suroeste, que le llevó al puerto del Padre, costa norte de Cuba, entre la punta de Mulas y el puerto de Nuevitas del Príncipe.

»El barón de Humboldt, con la valiosa cooperación de Walkenaer ha ilustrado grandemente la cuestión y apoyado fuertemente la opinión de Irving con las autoridades y razones que suministran los mapas é itinerarios de Juan de la Cosa, Diego Ribeiro y D. Juan Ponce de León.....»

En la misma obra se inserta una interesante carta del reputado cubano D. Juan Ignacio de Armas, de la cual citaré algunos trozos: «..... verdadero lugar del primer desembarco de Colón en América. Éste es la isla Watling, designada como tal por D. Juan Bautista Muñoz desde 1793; Navarrete en 1825, optó por el Gran Turco; W. Irving en 1828, por la isla Cat, ó sea grande de San Salvador, que ya poseía generalmente ese crédito desde antes de Muñoz; Becher en 1856, otra vez por Watling; Varnhagen en 1864, por Mariguana; Fox en 1881, por *Cayo Atwood* ó Samaná. Pero entre esas cinco islas, sólo Watling corresponde á la descripción de Colón. Según éste, *Guanahaní* era una isla sin ninguna altura, rodeada de un arrecife con una gran laguna al medio y con un buen puerto en su lado norte.....»

Así lo cree también el Sr. Leyva.

No será ocioso añadir que el mismo Navarrete tuvo ocasión de conocer la exactitud de la designación hecha por Muñoz. En una nota que dejó manuscrita para añadirla en una edición posterior de su libro, nota que reproduce D. Miguel Rodríguez Ferrer en su conocida obra sobre Cuba, decía lo siguiente: «Con bastante fundamento D. Juan Bautista Muñoz, en su *Historia del Nuevo Mundo*, lib. III, pág. 12, opina que la isla *Guanahaní*, primera que descubrió el Almirante, era, en su concepto, la isla Watling.»

Sostienen esta misma creencia, de acuerdo con Muñoz, Peschel, el capitán Becher, de la Marina Real británica, Mr. Major, el Dr. Pietschmann y el Sr. Leyva.

Por mi parte, debo añadir que antes de consultar los libros y documentos de los cuales he entresacado cuanto he creído útil

para ilustrarme en la investigación que persigo, me hizo decidirme en favor de la isla *Watling*, la carta trazada por Juan de la Cosa en 1500, cuyo original se conserva con el mayor cuidado en el Museo Naval de Madrid, es un documento inapreciable, no sólo por su mérito excepcional, sino porque á pesar de las inexactitudes de forma y dimensiones de las islas y costas que trae dibujadas, arroja luz muy clara sobre algunos puntos dudosos, y gracias á ella no permite dudar, á mi entender, acerca de cuál pudo ser la *Guanahaní* ó *San Salvador* de Colón.

Hasta ahora, los que se han ocupado de esta carta ó mapa, inclusos Muñoz y Navarrete, si bien nos la representan como un objeto curioso y de la mayor estimación, me parece que no han sacado de ella gran fruto, quizá porque la falta de corrección del dibujo les haya movido á desechar su testimonio, considerándolo por ventura inadecuado para un estudio formal.

Don Ramón de La Sagra, en el segundo tomo de su *Historia de la isla de Cuba* (París, 1842), trae una copia calcada sobre la carta de la Cosa en la parte concerniente á las tierras é islas occidentales, que me ha servido de mucho para mi trabajo. Confrontando el trozo de la carta de Juan de la Cosa con el de la moderna de las islas Lucayas, se ve por la situación respectiva de unas y otras islas, que la Guanahaní no es otra que la Watling; circunstancia, á mi juicio, que constituye un argumento irrefutable, que me confirma más y más en mi opinión. Por eso, causa extrañeza que De Varnhagen, á pesar de la discreción y tino con que aprecia los errores cometidos por Irving y hasta por el mismo Navarrete, se empeñe en afirmar que la isla Mayaguana, ó Mariguana, es la verdadera Guanahaní, fundándose, entre otras cosas, en una casual semejanza de nombres entre Mayaguana y Guanahaní. Por cierto que no es tanta, y al pronunciar estas palabras, desaparece con sólo recordar que Las Casas nos ha dejado consignado textualmente que debe cargarse el acento sobre la última sílaba. Más parecido hay entre Guanimá y Guanahaní, siendo de advertir que algunos han nombrado por la primera á la Watling. De todos modos, aquella pretendida semejanza tendría algún valor, si en la carta de Juan de la Cosa no estuviesen la Mayaguana y la Guanahaní designadas con sus denominaciones indígenas simultáneamente.

Juan de la Cosa no ha podido equivocarse respecto á la verdadera Guanahaní: hizo con Colón los dos primeros viajes; el primero en la nao *Santa María*, de la cual era maestre y dueño, y el segundo como capitán y maestro de hacer cartas.

Fué, pues, testigo presencial y era considerado como el más hábil piloto de su tiempo, y muy diestro en el trazado de cartas y mapas. Basta con la muestra que de su habilidad nos queda para admirar la delicadeza, la minuciosidad y la perfección relativa con que está ejecutado el trabajo, dadas la época y los conocimientos que se alcanzaban entonces.

## II.

Con deliberado intento he dejado para lo último el examen del Diario de Colón, por lo mismo que es la fuente única, por decirlo así, de la cual proceden cuantas opiniones existen acerca de las primeras tierras descubiertas en el Nuevo Mundo.

Paso por alto las peripecias de la salida del puerto de Palos el día 3 de Agosto, de la llegada á las Canarias y la navegación con rumbo al Oeste; pero antes de seguir adelante, voy á transcribir lo que trae dicho documento, acerca de un punto capital, que conviene tener presente:

---

«Jueves 13 Setiembre..... En este día, al comienzo de la noche las agujas noruesteaban y á la mañana noruesteaban algún tanto.»

«Lunes 17 Setiembre..... Hallaron (los pilotos) que las agujas noruesteaban una gran cuarta y temían los marineros y estaban apenados, etc.»

---

Fué por primera vez notado por Colón el 13 de Septiembre de 1492 que la aguja magnética, en lugar de dirigirse hacia la estrella polar ó muy próximamente al Norte verdadero, declinaba para el Oeste. Aquel grande hombre disimuló su inquietud al observar un fenómeno que era desconocido á los cosmógrafos de la época, y después de explicarlo á su manera, hizo lo posible para tranquilizar, no sólo á los rudos é indoctos marineros, sino también á los expertos pilotos y á los hombres más ilustrados de entre sus compañeros de viaje.

En efecto; por entonces, sobre la costa de Portugal, hacia las Canarias, debía ser poco sensible la variación de la aguja en el sentido oriental, pues que en el siglo XVI era ya casi nula. Según las observaciones hechas posteriormente y la marcha admitida para la oscilación secular de la aguja magnética, su declinación sería probablemente de unos 20° NO. en las inmediaciones de las islas Lucayas, cuando Colón las descubrió, circunstancia que conviene no echar en olvido, pues que explica las inexactitudes que se registran en las demoras y rumbos de que se hace mención en el Diario del Almirante, en su travesía por entre las islas y cayos que describe:

Dice más adelante:

«Martes 9 de Octubre..... Navegó al Sudueste, anduvo cinco leguas: mudóse el viento al Oueste cuarta al Norueste y anduvo cuatro leguas; después con todas once leguas de día y á la noche veinte leguas y media: contó á la gente diez y siete leguas. Toda la noche oyeron pasar pájaros.»

«Miércoles 10 de Octubre. Navegaron al Ouesudueste, anduvieron á diez millas por hora y á ratos á doce, y algún rato á siete y entre día y noche cincuenta y nueve leguas: contó á la gente cuarenta y cuatro leguas no más. Aquí la gente ya no lo podía sufrir: quejábase del largo viaje; pero el Almirante los esforzó lo mejor que pudo, dándoles buena esperanza de los provechos que podrían haber. Y añadían que por demás era quejarse, pues que él había venido á las Indias y que así lo había de proseguir hasta hallarlas con el ayuda de nuestro Señor.»

«Jueves 11 de Octubre. Navegó al Ouesudueste, tuvieron mucha mar, más que en todo el viaje habían tenido...........

»Después del sol puesto, navegó su primer camino al Oueste:

andarían doce millas cada hora y hasta dos horas después de media noche, andarían noventa millas, que son veinte y dos leguas y media..... El Almirante á las diez de la noche, estando en el castillo de popa, vido lumbre, aunque fué cosa tan cerrada que no quiso afirmar que fuese tierra, pero llamó á Pero Gutiérrez, repostero destrados del Rey é díjole que parecía lumbre, que mirase él y así lo hizo y vidola..... Después que el Almirante lo dijo, se vido una vez ó dos, y era como una candelilla de cera que se alzaba y levantaba..... el Almirante tuvo por cierto estar junto á la tierra.....»

---

Los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez más frecuentes.

Hacía tres días que millares de pajarillos, á quienes la cortedad de sus alas no permitía alejarse mucho de las costas, volaban hacia el Oeste; además habían cogido en el mar los marineros un arbusto cubierto de un fruto encarnado, todavía fresco, y los vientos ya no eran tan constantes como en el ancho Océano. Todo, pues, se aunaba para presagiar que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegación, y de que Colón iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenía el Almirante de la proximidad de la tierra, que, al anochecer del 11, tomó todas las precauciones propias de los navegantes experimentados en tales casos. Recomendó la mayor vigilancia á los hombres de servicio, y mandó acortar de vela, para evitar un choque posible con la tierra durante la noche.

No se puede afirmar que la luz que creyó ver el Almirante, y con él Pero Gutiérrez, existiese realmente, aunque pudo ser muy bien alguna hacha resinosa que llevasen en una canoa; pero quizá sólo fué una ilusión muy natural en el ansioso deseo del Almirante, cosa que por otra parte es muy frecuente en la mar.

¡Cuántos no han creído ver distintamente la luz de un faro que esperaban divisar en una noche obscura!

Durante toda la noche se mantuvieron desvelados oficiales y marineros, y todos los tripulantes en fin, en la mayor agitación y sin dejar de mirar al horizonte por la parte del Oeste, recordando la promesa de diez mil maravedís hecha por los Reyes Católicos para el primero que descubriese la tierra.

La *Pinta* iba delante por ser más velera. De improviso, á las dos de la madrugada, Rodrigo de Triana, que se hallaba en la proa de aquella carabela, mandada por Martín Alonso Pinzón, lanza el grito de ¡Tierra! ¡Tierra por la proa! y un cañonazo anuncia tan fausta nueva á la *Niña* y á la *Santa María*.

Todos á porfía claman á una voz ¡Tierra! ¡Tierra! y los corazones de aquellos fatigados navegantes se llenan de franca alegría.

Sin embargo, aleccionados por las decepciones sufridas otras veces, aguardaron con cierta inquietud la venida de la aurora para asegurarse bien de que no se equivocaban.

Las tinieblas se disipan poco á poco, y aparece por fin, ante los admirados ojos de aquellos hombres curtidos por la ruda profesión del marino, una isla rasa cubierta de verdura.

Todos caen de rodillas, y dirigiendo sus ojos al cielo, primero, y después, como en son de arrepentimiento, al Almirante, poseídos de fervor y unción religiosa, entonaron un *Te Deum*, expresión sincera de la fe que entonces los dominaba.

---

«.....Pusiéronse á la corda (al pairo), temporizando hasta el viernes, que llegaron á una isleta de los lucayos, que se llamaba en lengua de indios Guanahaní..... está Lesteoueste con la isla de Hierro.... Esta isla es bien grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas, y una laguna en medio, muy grande. (Sábado 13 de Octubre.)

---

Esta isla no puede ser otra que la Watling, según se comprueba por la inspección de la carta de Juan de la Cosa; y Colón debió fondear cerca de la punta S.O. de ella, por el rumbo que iba haciendo.

La Watling está al S., 84° O. de la isla de Hierro, y tiene, en efecto, una laguna grande en medio y otras más pequeñas. Pueden consultarse la carta de las Lucayas y el derrotero de las Antillas (pág. 805) publicado por el Depósito Hidrográfico en 1890.

---

«Domingo 14 de Octubre.—En amaneciendo, mandé aderezar el batel (bote) de la nao y las barcas (barquillas) de las carabelas, y fuí al luengo de la isla en el camino del Nornordeste para ver la otra parte, que era de la otra parte del Este, que había..... temía ver una grande restinga de piedra que cerca toda aquella isla al rededor y entre medias queda hondo y puerto para cuantas naos hay en toda la cristiandad..... vide un pedazo de tierra que se hace como isla aunque no lo es.....

---

Está todo conforme con la descripción de la isla Watling y con su bojeo. El pedazo de tierra que parecía isla, pudo ser el Cayo Blanco, y hay otros situados en poca agua por el lado N., que quizá estuviesen entonces unidos á la isla, y en cuanto al puerto, que tanto ha dado que hacer al Dr. Harrise y á otros críticos eruditos, no era ni más ni menos que el abrigo que queda entre los arrecifes y la isla, donde se sondan de 8 á 16 brazas, descrito con exageración por el Almirante; muy natural esta exageración, por otra parte, cuando se hallaba entusiasmado con el nuevo descubrimiento. Manifiesta extrañeza el Dr. Harrise de que el primer día supiese Colón el nombre de la isla descubierta, y supone gratuitamente que Guanahani es una interpolación de Las Casas. ¿Qué tiene de particular que preguntasen por señas sencillas á los indios el nombre de aquella isla? Al contrario, eso es lo que debió habérseles ocurrido desde luego, sobre todo al pisar la primera isla descubierta. No insisto sobre este punto, y paso á continuar el estudio del Diario del Almirante.

Dejando Colón, en la amanecida del 14, la nao y las carabelas en su fondeadero al SO. de la isla de Guanahaní, marchó con los tres botes á reconocer la isla con proa al NNE. primero por la parte occidental, y dando la vuelta por el N., siguió por la parte oriental, restituyéndose cuando ya no era de día á los buques.

Se desprende de aquí que la isla no podía ser muy grande; así es que las quince leguas de largo que le da Las Casas, bien podrían ser solamente quince millas, y entonces ya no parecería imposible que los botes hubiesen podido rodearla en ocho horas, ó diez á lo sumo, de boga al remo. La isla Watling tiene de largo unas doce millas, y no se ofrece dificultad alguna, por lo tanto, á la realidad del hecho referido.

En la noche del mismo 14 dió la vela el Almirante, con precaución, de la isla Guanahaní, que llamó de San Salvador, en demanda de otra que le quedaba á cinco ó más leguas de distancia, de entre varias que veía.

---

«.....miré por la más grande y aquella determiné andar y así hago y será lejos desta de San Salvador, cinco leguas.....»

«Lunes 15 de Octubre..... Y como la isla fuese más lejos de cinco leguas, antes será siete.»

---

El Cayo Rum está á seis leguas de la isla Watling.

---

«..... y la otra derrota que yo seguí se corría Lesteoueste, y hay en ella más de diez leguas....., á la cual (isla) puse nombre «Santa María de la Concepción.»

---

Desde la isla Watling á la de la Concepción hay más de diez leguas al S. 84° O.

El 16 de Octubre dejó el Almirante la isla de la Concepción, que así se llama aún hoy, y fué á fondear cerca de la punta SE. (Colón) de la isla Fernandina, que es la Cat de los ingleses. La costa oriental de esta isla corre del NO. $^1/_4$ N. al SE. $^1/_4$ S. próximamente, y dista ocho leguas de la isla Concepción.

El miercoles 17 salió el Almirante costeando la isla Fernandina (hoy Cat) por su parte oriental, y al estar entre las puntas (Bird y NE.) más salientes, reconoció un abra que tiene dos islotes; siguió algo más al N., y como se llamase el viento del ONO., amolló en popa para separarse de la tierra, yendo luego en demanda de la punta del SE. (Punta de Colón), á cuyo resguardo fondeó al obscurecer del 18 de Octubre.

---

«Viernes 19 de Octubre.—En amaneciendo, levanté las anclas..... con la nao fuí al Sueste..... antes que andásemos tres horas, vimos una isla....., la cual nombraron estos hombres de *San Salvador* que yo traigo, la isla *Saometo*, á la cual puse nombre la *Isabela*.....»

---

Esta es la isla Larga.

---

«.....y se corría después la costa..... al oueste, y había en ella doce leguas fasta un cabo, á quien yo llamé el *Cabo Hermoso*, que es de la parte del Oueste..... Este á quien yo digo *Cabo Fermoso* creo que es isla apartada de *Saometo*, y aun hay otra entremedias pequeña.»

---

Este *cabo Fermoso* es la parte N. de la isla *Exuma*, que demora al O., doce leguas del Cabo de Santa María (de la isla Larga), y tiene cerca varios islotes y cayos. No se equivocó, pues, el Almirante en su creencia.

---

«Sábado 20 de Octubre.—......y fallé todo tan bajo el fondo que no pude entrar ni navegar á ello..... y por esto me determiné de me volver por el camino que yo había traído del Nornordeste de la parte del Oueste y rodearla para reconocerla.»

---

No pudiendo Colón ir al SO. del cabo de Santa María (isla Larga) á causa de los bajos y peligros que en efecto imposibilitan la navegación por ese paraje, gobernó hacia el NNE., dobló la isla por el N., y barajando la costa del E. fué á fondear á la parte SO. de aquélla.

Se ha querido exigir en el sumario que hizo Las Casas del Diario de Colón, una exactitud tal en la descripción de las primeras islas descubiertas, que no dejase duda respecto á ellas, y claro está que si así fuese, no habría tanta diversidad de opiniones acerca de cuál es la «Guanahaní», extremo del hilo de este nuevo laberinto. En cambio, mientras se desechaba por muchos la isla Watling, por notarse quizá alguna contradicción aparente ó de poca importancia en las palabras del Almirante, se han admitido en su lugar la «Cat», la del «Gran Turco», la «Mariguana» y aun la «Samaná», prescindiendo de condiciones necesarias y violentando otras de distancias y magnitudes. Dice á este propósito el Dr. Harrise, antes citado: «Estas tres islas (San Salvador, la Concepción y la Fernandina) aun no están identificadas. Las atribuciones varían, según la que se supone *Guanahaní*. Si se admite que esta última sea la Samaná actual, Santa María (Concepción), sería Crooked ó Acklins, y la Fernandina la *isla Larga*. En cuanto á la *Isabela*, nos parece imposible reconocerla. Los indios la llamaban *Saometo*.»

Pues con ver que con este nombre, ó con uno muy parecido

*(Someto)*, designa Juan de la Cosa en su carta la isla que corresponde indudablemente á la Larga actual, ¿puede caber duda en que sea esta la *Isabela* de Colón?

¿Y no está patente también que la *Guanahaní* no puede ser distinta de la Watling de nuestros días, dada su colocación respecto á la Isabela ó sea á la isla Larga?

En cuanto á la Concepción, existe hoy una con este nombre entre la Watling y la Cat, y es probable que el Almirante, cuando decía las islas de *Santa María de la Concepción* (16 de Octubre), quisiese designar las dos que se conocen por *Concepción* y *Cayo Rum* en las cartas modernas.

El Dr. Harrise supone que Colón visitó primero una isla pequeña, y luego otra mayor, para ponerse de acuerdo con la extensión que le da Las Casas, de quince leguas. He demostrado la inexactitud ó error de este aserto más arriba, y respecto á que isleta signifique siempre isla pequeña, en la relación del Almirante, voy á transcribir algunos párrafos para que se vea la importancia que debe darse á ciertas apreciaciones. En los acaecimientos del 16 de Octubre se lee de la isla Fernandina: *es grandísima*. En los del 17: esta isla (Fernandina) más pequeña que no la isla *Saometo* (Isabela). Y por último, en el 20 de Noviembre..... á la isleta que llamó Isabela (Saometo).

De modo, que una isla conceptuada como grandísima, resulta, sin embargo, menor que otra, tenida por isleta.

Basta con este ejemplo, elegido entre muchos, para probar que no se pueden tomar al pie de la letra las palabras del Almirante (ó que se suponen ser de su procedencia), ni desechar tampoco puntos de aparente contradicción. Por eso creo firmemente que sin la carta inapreciable de Juan de la Cosa, bien estudiada, á pesar de sus inexactitudes, no se hubiese llegado quizá nunca á descifrar el enigma de la primera isla descubierta por Colón.

El Dr. Harrise, termina el capítulo que dedica al descubrimiento de tierra como sigue: «Hemos tratado de vencer la dificultad, tomando como punto de partida los elementos de discusión que proporcionan los relatos contemporáneos del suceso, comparándolos á las cartas más antiguas. Sin embargo, no creemos haber resuelto un arduo problema que ejercitará por

largo tiempo todavía la sagacidad de los críticos y de los historiadores.»

Desde el 20 de Octubre, que fué el Almirante á fondear cerca del Cabo Santa María (cabo del isleo), de la isla Larga (Isabela), hasta el 24 se ocupó en reconocer aquella isla, mayor que las anteriores visitadas, tratando de adquirir noticias, especialmente sobre metales preciosos y vegetales útiles para el comercio. Los indios le indicaron que hacia el Sudueste había una tierra grande, donde encontrarían oro y maderas ricas, y aunque el tiempo era desfavorable por las calmas y lluvias reinantes, determinó ponerse en camino.

Desde la media noche del 24 de Octubre hasta las tres de la tarde del 25, se mantuvo á la vela el Almirante; pero tanto por ser el viento con frecuencia calmoso, como por la cerrazón y por el temor de caer de noche sobre la tierra de Cuba, cuya situación y verdadera distancia desconocía, adelantó poco camino, y probablemente no pasó de una distancia directa de quince leguas próximamente, con rumbo al OSO. Las islas que vió deben ser los cayos que corren por el veril oriental del Banco de Bahama, formando una cadena tendida casi en dirección N. á S., desde el Cayo Nurse hasta la isla de Gran Ragged, que á primera vista presentan siete islas principales, ocupando una longitud de seis á siete leguas. Se denominan Ragged ó Andrajosas.

«Viernes 26 de Octubre. Estuvo de las dichas islas de la parte del Sur, era todo bajo, cinco ó seis leguas, surgió por allí.»

Esto es, que se mantuvo el Almirante con los buques al Sur de las islas ó cayos, huyendo de los peligros y costeando los bajos, que son numerosos en aquellos parajes. Notó el placer de sonda que se extiende por más de seis leguas hacia el S. y debió fondear cerca de la isla Gran Ragged.

En la amanecida del 27 de Octubre, dejó el Almirante el fondeadero que había elegido al sur de los cayos que limitan por el E. el gran Banco de Bahama, y como por los indios que había sacado de la isla San Salvador averiguase la dirección en que le quedaba la costa más cercana de Cuba, á ella se dirigió gobernando al SSO.

Si este rumbo que trae el Diario, como es probable, era verdadero, debió hacer en realidad otro más occidental, por causa de la influencia de la corriente en aquel paraje, y si fuese el magnético, viene casi á compensarse la variación de la aguja, que podría ser entonces allí NO. de 15° á 20°, con el arrastre hacia el O. producido por la corriente. En el primer caso iría navegando en dirección SO. 1/4 S., y en el segundo SSO. 5° S. próximamente.

A contar desde la isla Ragged hacia el SSO., la tierra más próxima es la costa comprendida entre las puntas del Mangle y Lucrecia, á unas sesenta millas de distancia; luego fué á recalar Colón, seguramente en ese trozo de la costa septentrional de Cuba.

Se vió la tierra al anochecer del mismo día 27, y andadas diez y siete leguas después de aguantarse con poca vela durante la noche, según es costumbre cuando se está cerca de tierra, los buques fueron cayendo insensiblemente hacia el fondo del seno que forma allí la costa, y por la mañana del domingo, 28 de Octubre, entraron en el puerto de *Gibara*.

En efecto; no hay otro que reuna como él las condiciones que señala con claridad el sumario ó extracto del Diario de Las Casas: la costa inmediata á barlovento y sotavento es hondable, limpia y pedregosa, circunstancias que no se encuentran en ningún otro paraje; la entrada es suficientemente ancha para voltejear sin peligros de bajos ni otros inconvenientes, y está conforme, punto por punto, con la derrota que debió seguir el Almirante y con la distancia recorrida.

Acerca de este interesante suceso, dice De Varnhagen:

«No vacilábamos en creer que el puerto de esta primera recalada debía ser alguno de los varios que se encuentran en la costa limpia y honda, desde la punta de Lucrecia hasta el puerto de Gibara. Pero habiendo en principios del año pasado (1862) hecho un viaje á Cuba, pudimos por inspección propia de la mayor parte de su costa septentrional, constituirnos en jueces más competentes de la cuestión, y hoy no titubeamos ya en suponer que la recalada de Colón tuvo lugar en el puerto de Gibara, y de nuestra opinión son varios pilotos prácticos de la costa, á quienes hemos leído los pasajes respectivos del derro-

tero. Ninguno de los otros puertos permite barloventear tan bien á la entrada, ninguno presenta mejor á los navegantes un cerro á manera de mezquita parecido á la *Peña de los enamorados* de Antequera, y ninguno, finalmente, se recomienda tanto por la hermosura de sus campiñas, pobladas de pajarillos y de árboles varios.

Voy á dar por terminado este trabajo, sintiendo no poseer la elocuencia de un Demóstenes, para que la narración que habéis oído hubiese despertado un interés creciente, cual correspondía al memorable asunto que he tenido el honor de exponer á vuestra consideración.

Os doy las más rendidas gracias por la deferencia que conmigo habéis mostrado, y permitidme que aun añada breves frases como corolario á esta conferencia.

La primera isla donde desembarcó Colón, y á la que llamó San Salvador, conocida entre los indígenas por *Guanahaní*, es indudablemente la Watling actual, y el primer puerto de Cuba que visitó, el de Gibara.

Pues bien; en justo tributo de respeto y acatamiento á la memoria del gran descubridor del Nuevo Mundo, debería rehabilitarse el nombre que á la antigua Guanahaní puso aquel insigne navegante, leyéndose de hoy más en las cartas náuticas y geográficas, en vez de Watling, San Salvador, sin otro aditamento. Del mismo modo, el puerto de Gibara debería denominarse de San Salvador de Gibara, y el de Baracoa, Puerto Santo, como lo llamó Colón.

---



